

sa Reverencia, me tiene obligado con mil cadenas de finezas. No me queda sino ofrecerme todo en retorno á Vuesa Reverencia, y por más que me veo falto de cosa buena, no puedo menos de poner toda mi persona enteramente á merced de V. P. Mande, pues, Padre mio, en mí, y disponga á su gusto y voluntad. Basta que conozca V. R. la disposición de mi ánimo: que yo harto conocida tengo la de V. R. para conmigo.

Desde que entré en el noviciado no he dejado un solo día de acordarme de V. R. para encomendarle á Nuestro Señor. Y así como no he faltado hasta el presente, así le prometo desde hoy hasta la muerte en dondequiera que me ponga la santa obediencia, conservar en mi pecho viva la memoria de mi caritativo bienhechor.

De V. R. siervo en Jesucristo

JUAN BERCHMANS.



CAPÍTULO VI.

VIAJE DE BÉLGICA Á ROMA.

- I. Comunica á su padre la partida.—Va á Malinas y le anuncian la muerte de su padre.—Da orden en el gobierno de sus hermanos.—Escribe al canónigo Froymont.
- II. Regresa al Colegio de Amberes.—Tedio de la vida.—Sus sentimientos al partir de Flandes.
- III. Sale con otro para la Ciudad Eterna.—Edifican en las casas donde paran.—Se detienen á visitar la Casa de Loreto.
- IV. Carta edificante del P. Bauters al P. Cepari.

I

Los cuatro días que tuvo para cumplir con la familia, fueron muy bastantes para él, que era poco amigo de cumplimientos. Participó de seguida á su padre la disposición del Provincial, y le avisó que estaba con el pie en el estribo para luego pasar á Diest, donde pensaba abrazarle presto y darle el último adiós. Salió de Amberes el sábado, 20 de Octubre, con dirección á Malinas, en cuya ciudad se le preparaba un recio torcedor á su corazón filial.

Es traza muy de Dios aguar los grandes contentos de sus amigos con penas proporcionadas. Fué así, que no bien hubo llegado al Colegio, Oton Esquens, antiguo condiscípulo suyo y recién entrado novicio, corre á echarle los brazos, y te-

niéndole así apretado, le daba el pésame por la muerte de su padre. Sobrecogió su corazón y atravesóle de dolor una tan impensada nueva. Entonces le informaron de cómo era verdad y cosa notoria que su padre, el Sr. Canónigo de San Sulpicio, había entregado el alma á Dios hacia ya una semana. Los de Malinas no se podían explicar cómo hubiese andado tan descuidada la obligación de los parientes de Diest en darle aviso oportuno.

Hízole profunda impresión lo inopinado del caso, y le tuvo mudo con el sentimiento; pero la experiencia de ver que Dios le echaba acíbar en los goces más inocentes, le había enseñado á hacer cara á todos los sucesos; y mirándose luego huérfano, sin dar más respuesta que levantar los ojos al cielo donde tenía el corazón, exclamó derramando sosegadas lágrimas: *¡Bendita mano de Dios! Ahora si que podré con doblado motivo decir como San Francisco: Padre nuestro que estás en los cielos.*

Lo que movió en su pecho mayores olas de pensamientos fué la suerte de sus hermanos, porque el mayor no tenía diez y ocho años, y solos trece el menor. No le importaba tanto lo que pudiera sucederles de desdicha temporal, cuanto que no quedasen expuestos á la eterna. Por esto decía: *Eso me da que anden mendigando de puerta en puerta, como que lo pasen cómodamente; pero sentiré suma tristeza el día que sepa que han ofendido á Dios mortalmente.* Por su respeto se dilató para el martes el viaje: no dejó cosa por hacer á fin de poner á sus hermanos al abrigo de toda corrupción. Acordóse de la mucha bondad y protección de su amo el Sr. Canónigo: el día siguiente hizo por hablar con él, aunque vanas le salieron las diligencias, por estar á la sazón ausen-

te de Malinas. Dejóle antes de volverse para Amberes la carta siguiente, llena de tiernos y nobles sentimientos; es una memoria del afecto con que los varones espirituales han de estar unidos con los miembros de su familia. El original latino se conserva en la biblioteca de Bruselas.

JHS.—Al muy Reverendo Señor el Señor Chantre de la Santa Iglesia metropolitana de Malinas.—Malinas.

Muy Reverendo Señor: Ayer fui enviado por mis superiores á esta ciudad para despedirme, tal vez para siempre, del R. P. Rector del Colegio, de mi padre según la carne, de vuesa merced y de todos mis parientes. El día 23 ó á más tardar el 24 próximo, emprendo un viaje para Roma, saliendo de Amberes por Gante. No bien hube puesto el pie en esta capital, me notificaron la muerte de mi padre, y que se le habían hecho ya las honras. Esta repentina noticia no me causó turbación por mi parte, pero me hizo pensar en Adriano, mucho más en la orfandad de mi hermana, y más aún en la corta edad de Carlitos y Bartolomé. Pero con todo, cuando considero que la divina bondad hasta el presente ha velado sobre mí y sobre la familia, y pongo luego los ojos en la buena voluntad de V. S. y de todos nuestros amigos, se me ensancha el corazón, y confío no faltarán almas cristianas que cuiden de educarlos en las buenas costumbres, en letras, y más en el temor santo de Dios.

Acabo de cerrar una carta para nuestros amigos de Diest, y tutores de mis hermanos, encargándoles tengan cuidado de ellos. Creo por de-

más el haber de solicitar el favor del Sr. Chantre de Diest, particular amigo de la familia: de sólo pensar que pueda faltarnos en este aprieto, me parece hago agravio á su bondad. Ahora pido por merced á V. S. no tenga por cosa ajena de su benevolencia el ser arrimo y amparo de los huerfanitos: preste, por Dios, favor á una obra que nuestro Señor dejó tan encomendada. Y digo "prestar", porque el Señor ha prometido en retorno pagar con usura los desvelos desinteresados.

Yo pondré todo el mío en rogar por V. S. en los santos lugares que vaya á ver; y por la intercesión de los bienaventurados que allí son venerados, suplicaré al Señor remunerere con premios los muchos beneficios con que V. R. me ha favorecido, y mayormente los que dispense á mis hermanitos huérfanos.

Adiós. Díguese V. S. acompañar con los momentos de la Misa á este no sé si diga servidor ó hijo. Dada en Malinas á 21 de Octubre de 1618.

De V. S. en Jesucristo.

JUAN BERCHMANS.

Mis saludos á mi Adriano, á Bartolomé, á Carlilos: tal vez no los veré más. Esta es la última memoria que les dejo: creced en devoción, en letras y en temor de Dios.

A todos adiós.

II

POR esta carta se ve que el primer cuidado, sabido el fallecimiento de su padre, fué descubrir á los parientes su corazón afligido, y dar orden en lo que convenía para asegurar la buena dirección de los hermanos. Cumplida esta primera obligación, regresó á Amberes, después de dar el último abrazo á los connovicios de Malinas.

La carta que despachó á su familia, cuyo original flamenco se guarda en el noviciado de Tronchiennes, es como sigue:

JHS.—Queridos abuelos, tíos y amigos todos de esa. Os saludo y digo adiós á todos afectuosamente. Apenas el tiempo me basta para daros razón de la presente. El jueves último, 18 del corriente, recibí de mis superiores orden de estar el lunes próximo sin falta apercibido para emprender un largo viaje. Vine á Malinas con intención de llegar hasta ahí á despedirme y encomendarme en las oraciones de mi padre y vuestras, y con no pequeña sorpresa supe que mi padre había pasado á mejor vida algunos días antes. La novedad de este golpe me llegó al alma, y sentí que ninguno de vosotros me hubiese enterado á tiempo.

Una cosa mitiga mi sentimiento, y es que (mi conciencia no me dejará mentir) he cumplido siempre para con mi padre, que Dios tenga en su gloria, los oficios de verdadero hijo. Lo sensible para mí es que cuando rogaba yo por él

contándole entre los vivos, había dado ya cuenta á Dios.

Ahora ruégoos con las veras que puedo, que en cuanto sea dable toméis á vuestro cargo el educar bien á mis dos hermanos Bartolomé y Carlos, enseñándoles el temor santo de Dios y todo género de virtud; creed que haréis en ello una obra muy grata á nuestro Señor, y que por el contrario le disgustaríais en gran manera, si por culpa vuestra estas dos almas llegasen á perderse. Confío que María y Adriano seguirán portándose como es razón, y que durante los años que yo esté en Roma, Adriano como mayor dará á sus hermanos buen ejemplo, y en lo que convenga saludables consejos.

Mucho gustaría yo que nuestros tutores pidiesen parecer á los Sres. Chantres de Diest y de Malinas para resolver más acertadamente, dónde pudieran los dos niños estar mejor colocados. Con grandísimo placer mío hubiera pasado á esa para despedirme, pero ando tan alcanzado de tiempo, que apenas le tengo para significar en el papel el afecto que á todos conservo. Suplico una y mil veces con toda humildad, encomendéis á Nuestra Señora de Monteagudo viaje y viajero, para que pueda comenzarle y terminarle con acierto y sin peligro. Os doy palabra de escribiros en llegando cómo me ha ido. Me place que leáis á todos mis amigos y conocidos de esa el primer párrafo de la presente.

Queridas tías, María y Catalina Berchmans, Margarita Berchmans, Catalina Van Hove y Ana Van Olmen: os suplico que por la buena voluntad que tenéis á este vuestro sobrino, en vez de mandar dinero para el viaje, mandéis celebrar cada una dos misas en Monteagudo;

todas para que este viaje sea en provecho de mi alma. Vuestra caridad me servirá de viático. Dejo en vuestras manos el cuidado de mis hermanitos y de mi hermanita, en particular de nuestro Carlos. Sentiría que á éste le quitarasen de la escuela, porque espero de él grandes cosas. Abrigo la confianza que Nuestro Señor tomará sobre sí el proveer á sus necesidades: yo por mi parte no fallaré en lo que de mí dependa.

En los santos lugares, que abundan en Roma, os tendré presentes á todos. Así os lo promete vuestro amadísimo,

JUAN BERCHMANS.

En estas dos cartas se trasluce visiblemente la frialdad y aun el amargor que le causaba la vida de acá abajo. Y ¿cómo no? A vueltas de las desventuras que habían cargado sobre él, la muerte de su madre, la falta de su padre, el porvenir de sus hermanos, los intentos de parientes y amigos, la congoja de tantas pruebas, todo junto le había ablandado como cera el corazón y hecho tan desabridas las cosas de este mundo, que alentado de su vivísima fe, sólo suspiraba por la presencia del Criador y por descansar en la fruición del sumo Bien. Extraño parece el tedio de la vida en un joven que estaba en la flor de la edad, dotado de un natural expansivo y vigoroso, y rodeado en la Compañía de cuanto puede hacer dulces los años á un corazón inocente. Yendo un día el Hermano ropero á tomarle la medida para la sotana nueva que había de llevar de viaje, como gastase con él una chanza propia de su sencillez, el santo Berch-

mans, cual si presintiese poco distante el término de su destierro, le respondió: "Válgame Dios, Hermano Carlos, cuánto mejor fuera tomar la medida para hacerme el ataúd.", Alma feliz, que se sentía sazónada y á punto para volar á la patria.

Estaba para dar la hora de partir, y se les iba anublando el cielo á los Hermanos filósofos, porque se arrancaba de ellos el compañero á quien tanto amaban. Él repetía con santo alborozo: *Dos motivos me alientan en mi partida á la capital del Orbe; la una es que tendré el consuelo de besar las reliquias de nuestros Padres, y singularmente de nuestro Beato Luis; la otra que la proximidad del M. R. Padre General me facilitará licencia para pasar á la China.*—No columbraba el santo joven que el cielo le tenía marcado por suyo, y le encaminaba á la ciudad eterna para honrar con sus méritos y restos los de sus hermanos Luis y Estanislao. Dada orden, pues, en los asuntos de familia, puestos en cobro sus hermanos, libre ya de todo embarazo de mundo, despidióse de la comunidad, y recibida del superior la postrera bendición, con sentimiento de los unos y emulación de los otros, prometiendo á todos tenerlos presentes á los pies del B. Luis, salió de Amberes con Bartolomé Penneman, joven flamenco, á edificar y asombrar con los rasgos de su virtud la metrópoli de la cristiandad, á 24 de Octubre de 1618¹.

¹ De los cuatro hermanos que tuvo, Adriano murió religioso agustino en Malinas, María casó con el fiscal del Parlamento, Bartolomé siguió la carrera de las armas; Carlos, como Juan ya barruntó, entró en la Compañía, á los diez y nueve años y medio, muriendo en ella á los setenta, con fama de varón apacible y excelente maestro de espíritu.

III

UN viaje de Bélgica á Roma es en nuestro tiempo obra de un par de días. Pero ¿quién soñaba hace tres siglos en dar alas al vapor para vencer tantas molestias? Un camino de más de trescientas leguas, que les había de costar sesenta y siete días de crudo invierno, con los trabajos inherentes á climas destemplados, ofrecía á nuestros viandantes flamencos, que parece le hicieron en gran parte á pie, gravísimas dificultades hoy apenas concebibles. Pero el amor de Dios templaba con sus ardores la aspereza de las jornadas. Suaves coloquios tendrían de cuando en cuando. Diría Berchmans á su fiel compañero: Gózome grandemente de la buena suerte que nos ha cabido de ser enviados á morar en la santa ciudad regada con la sangre de tantos mártires. Allí podremos postrarnos y hacer reverencia á las reliquias de los sagrados Apóstoles, besar el polvo de sus sepulturas, avivar la fe acatando al Padre común de los fieles, despertar nuestra flojedad con la presencia del que es cabeza de toda la Compañía: ¡qué copia de medios para dar vida á nuestras obras!—Y no será la menor gracia, para colmo de nuestra felicidad, replicaría á su vez Penneman, oír filosofía en el primer Colegio de la Compañía, donde se enseña con la ciencia de los santos el verdadero saber.—A esto añadiría Berchmans: Cómo se regalará nuestra devoción y se repararán las fuerzas al pie de los sepulcros de nuestros Beatos. A fe que tengo de hacer violencia á mi B. Luis para arrancarle la misión de

la China.—Y así, de palabra en palabra, de afecto en afecto, prendería el fuego en los pechos de ambos caminantes y se alentarían á esperanzas lisonjeras en vista de los infinitos auxilios para verlas realizadas: pensamientos y afectos que, presentados por manos de los ángeles custodios al trono del Altísimo, debieron de serle muy aceptos, pero que habian de helarse en flor, sin llegar á sazón en ninguno de los dos. Porque Bartolomé Penneman, poco después de entrar en Roma, acometido de pulmonía y luego de hemorragia, fué enviado al dulcísimo cielo de Nápoles, donde falleció de allí á breves semanas. Berchmans, que sobrevivió más de dos años, á malas penas vino á poner fin al curso de filosofía.

Al atravesar por Francia, bordón en mano y balija al hombro, tocaron en varias casas de la Compañía. Dondequiera los acompañaba el resplandor de la virtud, pregonando inocencia, mostrando fervor, abonando regularidad y dejando, con solo parar una noche, ejemplos de grande edificación¹. París y Lyon fueron las capitales que experimentaron por más tiempo la fragancia de sus ejemplos: de ellos dieron al punto cuenta á Roma cartas que de estas diversas partes se apresuraron á salir, y con efecto llegaron aún antes que nuestros peregrinos al término del viaje. El P. Bauters acertó á pasar el año siguiente por casas donde se habían albergado sus novicios, y recibía plácemes por haber tenido bajo su dirección á uno tan santo como Juan, que, decían, con la bondad del natural y con la dulzura de la virtud, tenía hechizados á cuantos saludaba.—*Siempre que me acuerdo de aquella pareja de serafines,*

1 Proc. rom., pág. 547.

siento llenárseme el alma de celestial unción.— Esto repetía en sus últimos años un Padre muy autorizado de la provincia de Champaña, que la había gobernado dos veces.

Para colmo de su dicha, llegaron á Loreto la víspera de Navidad. Juan, con el deseo de celebrar el nacimiento del Hijo de Dios en aquella santa Casa, sólo pensó en satisfacer los estímulos de su devoción. En vez de acostarse á descansar del camino, hurtóse al sueño y pasó gran parte de aquella noche asistiendo de rodillas á maitines, y luego á la Misa del Gallo, que se cantó en la sagrada Capilla con una solemnidad para él casi inaudita¹. Quédense á la piadosa consideración los regalos que sentiría al recibir el manjar de ángeles que harta y robustece. Cómo derramaría su corazón en aquel devotísimo Santuario, haciendo oración por las almas de sus padres, por sus hermanos, parientes, amigos y bienhechores, y por todos aquellos á quienes se creía deudor. Tal era su modestia y recogimiento, que con dar gusto á la vista tenía suspensos en admiración á los muchos romeros que la celebridad del lugar atraía de todas partes; preguntábanse quiénes eran aquellos dos tan devotos mancebos, que parecían hijos de príncipes disfrazados de peregrinos. Así lo depuso el Padre Cybo.

El ministro de la casa, el P. Viscardi, trabó conversación con nuestro escolar. No tardaron en dejarla caer sobre la visita que, según tenía leído, el angelico Luis Gonzaga había hecho en aquel oratorio, renunciado que hubo el marquésado, de camino á Roma para entrar en la Compañía. El Padre satisfizo á las preguntas que

1 Proc. rom., pág. 551.

la memoria del hecho despertaba en el joven, y cautivado de la ternura con que el ángel de Diest le hablaba del ángel de Castellón, creyó darle contento en regalarle una reliquia del B. Luis ¹. Besóla Berchmans una y mil veces, apretóla contra su pecho, y con tan precioso repuesto de devoción, satisfecha su hambre y sed, tomaron el camino de Roma, adonde llegaron el último día del año 1618.

IV

 AS antes de entrar en el nuevo campo que se abre á nuestra vista, es razón pasarla por una memorable página, suma y cifra de cuanto hasta aquí hemos admirado de virtud y observancia.

Deseaba el P. Virgilio Cepari acertar en la vida que escribía del Hermano Juan, y terminada la primera parte, enviósela al Provincial de Flandes para que la sujetase al parecer de los padres que habían vivido con él. Para responder á este ofrecimiento ninguno parecía más á propósito que el P. Guillermo Bauters, por haber dirigido en el espíritu al edificante Hermano; principalmente que el P. Cepari había compuesto este primer bosquejo sobre una relación recibida poco antes del mismo Padre Bauters. Encargado, pues, el Padre Bauters, que estaba de rector en Lovaina, de dar satisfacción al P. Cepari, escribió esta carta con fecha 26 de Abril de 1624, en donde recoge como en compendio la substancia de lo visto hasta aquí.

¹ Proc. rom. pág. 551.

Rdo. P. Cepari:

El Rdo. P. Provincial me comunicó dias pasados el principio de la primera parte que V. R. ha escrito sobre la vida de nuestro Hermano Juan Berchmans de santa memoria. A juzgar por el efecto que su lectura ha hecho en mí, no sé de ninguna otra que me haya llenado tanto. En ella me parece á la verdad ver vuelto á nueva vida con sus angelicales gracias al santo joven, tal y como le conocí en el noviciado de Malinas, y cual le admiraron más de cien novicios. V. R. ha refrescado en mi alma la memoria de aquellos actos de virtud, que yo no podía entonces contemplar sin edificación y consuelo, pero referidos por V. R. á todos nos han conmovido y obligado á ensalzar al Señor en su siervo, y á imitar con más esmero los ejemplos que nos dejó.

Le tengo de confesar á V. R. lisamente, Padre Cepari, y es la pura verdad, que cuando me encargaron los superiores del gobierno y dirección de los novicios, conocer la indole del alma de Berchmans y convertirme en admirador y predicador de su belleza fué todo uno. Todos los dias pido á Dios la gracia, ya que no de ajustarme del todo á este perfecto dechado, siquiera de imitarle en algún modo. Siéntome lleno de confusión cada vez que fijo los ojos en una estampita que me dejó al partir para Roma. En ella me llama su padre, y se firma "indigno hijo," palabras que no puedo leer sin sentimiento y rubor, pues me veo todavía lejos de la perfección que él alcanzó en tan corto espacio, y lo que más me hace temblar es la cuenta que Dios

toma de estos ejemplos y la muy estrecha que pedirá á mi flojedad é ingratitud.

A todas horas me estoy echando en cara la poca diligencia que tuve de guardar en la memoria aquella multitud de cosas que decía ó hacía el santo Hermano con el fin de promover la gloria de Dios, edificar y fomentar entre nosotros la observancia de las reglas, y estimular á todos á más subida perfección. Nada es eso poco que mandé á V. R. en comparación de lo mucho que vieron mis ojos: porque su ardor no conocía descanso ni sabía decir basta en punto á obras buenas; hambriento y sediento aspiraba siempre á más y mejor, como del Beato Javier sabemos.

Algunas cosas que se me habian pasado, procuré recordarlas, y se las mando á V. R. juntamente con esta carta, para que pueda, si lo tiene por bien, ingerirlas en su propio lugar¹.

Muchos fueron los ejemplos que recibimos de él y que se traslucian al exterior, pero no tienen punto de comparación con los tesoros que se encerraban en el secreto de su alma. Y con qué sinceridad y candor me descubría el rico venero de sus virtudes, no sólo cada quince días, según costumbre, pero más á menudo aún. Yo no podía considerarlas sin decir entre mí: éste sí que es niño prevenido con la dulcedumbre de las bendiciones celestes, y escogido "ex omni carne", desde la tierna edad para templo y morada del espíritu de Dios; éste sí que en la mañana de su vida abrió el alma á las influencias de la

¹ No sabemos de fijo si la suma de cosas de que aquí habla el P. Bauters, era la colección de testimonios que se incorporó en los Procesos, ó si era obra del mismo P. Bauters; que, á serlo, lástima grande sería que se hubiese extraviado.

gracia, y lejos de esterilizar su acción, prestó siempre el concurso de una voluntad pronta y fuerte, "cor suum aperuerat diluculo."

Entrado en la Compañía, pareció modelo cabal de perfección y vivo retrato de observancia regular; y en cuanto he podido ver ú oír, me doy á entender que correspondió de lleno y sin reserva á toda la gracia de la vocación. Es voz comun de nuestros Padres que la inocencia de su alma, modestia en el trato, suavidad de maneras, maravillosa honestidad, paz y mesura en el obrar, constancia en el bien comenzado, prontitud y perfección de la obediencia, subido punto de fervor, unión íntima con Dios, hicieron su vida semejante, cuanto es dable, á la de los ángeles del cielo. A propósito traeria yo aquí en su elogio aquello de los Proverbios: "Benedictio Domini super caput ejus: elegit eum Deus ex omni carne"; y después de elegido "dedit praecepta et legem vitae et disciplinae, circumduxit eum zona justitiae", dirigiéndole en la exacta observancia de la vida religiosa; y después "magnificavit eum, glorificavit eum, sanctum fecit eum; et induit eum Dominus corona gloriae."

Tal es el concepto que tengo formado de este nuestro buen Hermano por las cosas que en él advertí: en este concepto me ratifica y funda la común y universal estimación de casi toda Flandes, y la veneración en que le tienen y el caudal que hacen de sus oraciones. Acaso se maraville V. R. de lo que ahora le diré, como yo mismo no sin asombro he pensado, ni sé si hasta el presente ha sucedido en santo alguno, cosa que muestra el afecto que los hombres le tienen, y declara la voluntad del Señor en exaltarle. Con

haber apenas transcurrido tres años desde que murió en esa, y siendo de pocos conocido personalmente, con todo, en sola esta provincia flandro-bélgica se han hecho diez ediciones de su imagen, y estampado y vendido al pie de veinticuatro mil ejemplares, sin contar los grabados hechos por artistas de segundo orden, y los sacados en otras provincias, y las muchísimas que en la nuestra han dibujado los pintores: de donde colijo yo que este joven recibe ya honra de Dios y veneración de los hombres.

Acabe V. R. de poner en su punto con la publicación las acciones de este Santo, que serán ejemplo á los que las ignoran, y espuela á los que las conocemos, y á todos incentivo para glorificar á Dios. Aliéntese V. R. á ennoblecer al que Dios ennoblece, y á sacar á pública luz al que Dios pone sobre el candelero: yo suplicaré al Señor gobierne el vuelo de su pluma, y le haga muy semejante á él.

Estos dos hijos, Luis Gonzaga y Juan Berchmans, serán para V. R. lo que fueron Manasés y Efraim: grandemente confío que el menor crecerá todavía y dará, como le dió el mayor, buena cosecha de gozo y el premio de sus fatigas. Mucha honra de Dios y veneración de Luis ha resultado á los que han leído su vida escrita por Vuestra Reverencia.

He ahí, Padre mío, á dónde me ha guiado el afecto. No quise ponerle á V. R. más que unos pocos renglones, y ahora me encuentro con una larguísima carta. Al cerrarla tengo de pedir á V. R. me absuelva, ó si quiere me condene, por haberme quedado corto en mandarles tan poco de lo mucho y extraordinario que en su vida se contiene.

Dios guarde á V. R. y de mí, pecador, no se olvide.

De Lovaina á 26 de Abril de 1624.

De V. R. siervo en Cristo,

GUILLERMO BAUTERS ¹.

¹ Proc. rom., pág. 366.

